

EDITORIAL

El cambio vertiginoso y cada vez con una mayor aceleración en que se encuentra nuestro mundo se ha venido manifestando en forma dramática, desde los últimos años del siglo XX, en el proceso que hemos llamado La Globalización. Este proceso, producto principalmente de la revolución de las comunicaciones, es hoy día de consecuencias insospechadas. Más que en ninguna otra época de la humanidad, no sabemos hacia dónde se dirige esta transformación de la cual somos actores y objetos. Pocos se atreven a vaticinar lo que será el mundo de mañana. En el lapso de los últimos diez años ha cambiado casi completamente la forma en que trabajamos y, en gran medida, la forma en que nos relacionamos unos con otros. En la universidad, por ejemplo, se ha desarrollado una forma de trabajo que no existía hace tan poco como diez años atrás: la de grupos de investigación interdisciplinarios que en tiempo casi real se transmiten las respectivas partes de sus tareas desde distintos puntos del globo. Así ocurre en numerosos campos de desarrollo de nuestra sociedad.

La Globalización ha ido difuminando las barreras de comunicación entre los estados y, en cambio, ha fortalecido las de las organizaciones, especialmente las de tipo económico. La gran pregunta hoy es hasta qué punto perderemos nuestras identidades locales en la maraña de nuestros vínculos con el mundo. Si consumimos casi lo mismo, si vemos las mismas películas y escuchamos las mismas canciones y si, además, nos comunicamos todo ello instantáneamente, ¿dará lo mismo mañana ser de Miami o de Concepción?

El ejemplo de Europa parece orientarnos en este punto. Justamente mientras más integración se ha producido en esos países parecen haberse reforzado más las identidades locales. No las de los países sino las de las regiones o de las ciudades. Una parte importante de su esfuerzo ha sido la de embellecer y hacer más acogedoras sus ciudades y rescatar sus tradiciones locales.

Este proceso, aparte de que tenemos orígenes diferentes como estado, se ha iniciado sólo incipientemente en Chile. Por esa razón y por la fuerza de las ideas y de los gustos importados por el proceso de Globalización, nuestra identidad, aquello que pudiera distinguirnos y hacernos característicos como chilenos o como habitantes de una determinada parte del país, están hoy amenazados. Hay un riesgo de que nuestra identidad local se diluya entre las ideas y los valores que nos llegan de otras tierras y por otros intereses.

Desde que el ser humano se estableció en villas se creó lo que los arquitectos llamamos el sentido de lugar: un espacio reconocible al que las personas pudieron llegar después de la cacería, de la labor en el campo o más tarde, del trabajo cotidiano. Un lugar con el que nos identificamos y al cual hacemos nuestro, como parte de nuestra personalidad. Todavía hoy, las ciudades con este sentido de lugar son las que más apreciamos como vivencia urbana. Las ciudades con un carácter definido facilitan la identidad de sus habitantes, el sentido de pertenencia al grupo y el compromiso con su desarrollo. En la época del debilitamiento del estado como representante del individuo, serán las ciudades y las regiones con condiciones más características las que mejor acogerán a las personas, donde con más fuerza se sentirá el hogar.

Crear esas ciudades, retener el valor de lo local, es hoy un desafío mayúsculo. Por esta razón el Consejo Editorial de nuestra Revista Urbano ha querido indagar, en el presente número, el pensamiento de personas que desde distintos ámbitos del conocimiento y de la geografía abordan el tema de la identidad desde diferentes perspectivas, dejando una tarea no menor a nuestros lectores para pensar y diseñar el futuro.